



UNIVERSIDAD DE BURGOS

**LAUDATIO DEL PADRINO DR. D. JAVIER PEÑA PÉREZ EN EL
ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA,
POR LA UNIVERSIDAD DE BURGOS,**

DEL EXCMO. SR. D. UMBERTO ECO

Burgos, 23 de mayo de 2013

Señor Rector Magnífico de la Universidad de Burgos

Señores Vicerrectores, Decanos y miembros del Claustro

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades

Personal docente, estudiantes y personal de administración y servicios

Señoras, señores

Humani nihil a me alienum puto (Nada de lo que atañe al hombre me resulta extraño). El comediógrafo romano Terencio se definió a sí mismo con estas palabras en el siglo II a. C., no sin antes dejar bien sentada su condición de hombre (*Homo sum*), aclaración pertinente para quien había sido vendido en su infancia como instrumento (de trabajo) parlante (*instrumentum vocale*); es decir, como esclavo.

Al margen de aquella oportuna aclaración previa, podemos estar seguros de que en nuestros días nadie como Umberto Eco ha sabido sintetizar y elevar al más alto grado, en su persona y en su quehacer intelectual, las altas dosis de humanismo encerradas en aquella lapidaria frase del que fuera humilde esclavo en su Cartago natal, antes de lograr la libertad que le permitiría reconocerse y comenzar una nueva vida como persona, hasta familiarizarse en Roma con las musas del teatro y alcanzar de su mano un puesto de honor en el Olimpo cultural de su tiempo.

Como al clásico, a Umberto Eco no solo no le resulta extraño cualquier aspecto relacionado con la condición humana, sino que se apasiona y entrega sin reservas al estudio y disfrute de todo lo que bulle dentro y alrededor del ser humano, hasta convertir sus inquietudes y hallazgos en una auténtica celebración del humanismo en su versión más integradora, equilibrada y luminosa.

Por todo ello, resulta inevitable que este solemne acto de investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Burgos del Profesor Umberto Eco se revele también como un ritual de exaltación de las Humanidades, respecto a las cuales este profesor ostenta una posición de reconocido liderazgo y magisterio indiscutible.

Pero antes de avanzar en el repaso de los detalles curriculares del homenajeado, permítaseme dedicar un párrafo de este discurso al apartado de los agradecimientos por el honor que, desde la Facultad de Humanidades y Educación y el Departamento de Ciencias Históricas y Geografía, se me ha conferido al ofrecérseme la oportunidad de actuar como padrino de la investidura del profesor Eco y de presentarle ante ustedes mediante esta *Laudatio*.

Queremos comenzar esta disertación laudatoria con una afirmación sencilla pero rotunda: Umberto Eco es el genuino humanista y más prestigioso intelectual de nuestros días, en la estela de los grandes autores que le precedieron en el siglo XX –Barthes, Habermas, Jakobson, Wittgenstein o Russel--. Eco se nos presenta, además, como el primer intelectual global, en el doble sentido de interesarse por las más variadas disciplinas de las ciencias humanas y sociales y de haber sabido proyectar su

sabiduría por todo el mundo, resultando en todo momento atractivo no sólo para los especialistas que comparten sus objetivos científicos sino también para las masas inquietas y atentas a los aspectos más relevantes de la cultura popular.

A Umberto Eco le atrae y preocupa todo, decíamos. Desde su primera adolescencia, lee todo lo que cae en sus manos, con el único estímulo de emular a su abuela, lectora compulsiva desde que, en sus breves días de asistencia a la escuela, aprendiera a juntar las letras no sin titubeos y algún que otro impertinente atasco. Aquel primer impulso emulador, indiscriminado y obsesivo, se convierte con el tiempo en apertura ordenada y selectiva hacia los temas que le van a atrapar en sus años maduros: la estética, las humanidades, la comunicación y la semiótica, bajo cuya divisa van a desfilar por su mirada ecuménica e interdisciplinaria asuntos y temas de estudio relacionados con la política, la estética, la moral, los *mass-media*, las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, el arte, la filosofía, la literatura, el cómic, la música, la arquitectura, el terrorismo, los laberintos, el monacato, los textos en general, la cultura medieval, el libro o la naturaleza. En todos los temas se sumerge con interés y con una cierta propensión intrigante, como si en cada objeto de estudio esperara encontrar facetas o recovecos aún inexplorados, como así sucede casi siempre, gracias, claro está, a su ingenio y perseverancia para descubrirlas.

Ingenio y perseverancia, desde luego, pero, sobre todo, pasión. Pasión por todo lo que le ocupa, llega a sus oídos o cae en sus manos: la charla coloquial o el discurso más solemne; la melodía popular o las intuiciones musicales de Stockhausen; el cuadro devocional o la geometría quimérica de Kandinsky; el Apocalipsis de San Juan, un texto de Joyce o cualquier nuevo episodio de la serie dedicada a Superman; eso sí: saboreado todo en clave semiótica, y sin que podamos discernir si su entusiasmo deriva de su intuición para seleccionar aquello que le fascina o, al revés, es una consecuencia de su propensión a dejarse encantar por todo lo que observa y estudia.

Pasión, en todo caso, por avanzar en el camino del conocimiento, siempre en busca de la verdad; actitud que ha ido tomando impulso en la

vida de Umberto Eco gracias a la savia espiritual recibida de las diferentes plataformas ideológicas y teórico-metodológicas que han jalonado su trayectoria intelectual: el catolicismo en su etapa adolescente y universitaria, el marxismo juvenil posterior, el estructuralismo, y la semiótica de su madurez, etapas todas superadas en su caso de manera progresiva, una tras otra, sin miedo a la renovación, hasta recalar en las aguas de la posmodernidad, aunque manteniéndose al margen del deconstruccionismo, el multiculturalismo, el relativismo o el “pensamiento débil”, en la seguridad de que, si no siempre es posible elegir, desde la semiótica, la mejor interpretación, sí lo es individualizar las menos afortunadas o francamente ‘malas’.

Como hemos avanzado hace un momento, la pasión intelectual de Eco ha ido cristalizando con el tiempo en torno a un elenco definido de temas de interés: la estética, la comunicación, las humanidades y la semiótica, círculos entrelazados e interactivos que mejor delimitan su dedicación al cultivo del saber. Al mismo tiempo, el escenario preferido por él para dar a conocer su obra intelectual ha sido en todo momento la Universidad, entendida en su versión más abierta y universal. Este compromiso con las salas de investigación y aulas universitarias ha guiado su quehacer profesional a lo largo de toda su vida, hasta el punto de que, superada con creces la edad legal de jubilación, se mantiene vivo en la actualidad bajo la figura ocasional de las conferencias –impartidas por todo el mundo--, por un lado, y, por otro, mediante la atención permanente a la cátedra de Semiótica de la Universidad de Bolonia, donde sigue impartiendo clase, hoy como hace 38 años, con la aparente calma de un maestro consagrado, la concentración enfermiza de un meritorio y la tensión emocional de un becario. Como siempre.

Umberto Eco nació en la ciudad piamontesa de Alessandria, al norte de Italia, en el año 1932. Veintidós años más tarde consigue el doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad de Turín con la Tesis *El problema estético en Santo Tomás de Aquino*¹, que pasa a la imprenta de manera inmediata. Profundiza en el tema en los años siguientes, con reflexiones añadidas que

¹ *Il problema estetico in San Tommaso*, Torino, 1956.

expone en el trabajo *Desarrollo de la estética medieval*², publicado en el año 1959, a partir de cuyo paso se dispone a dar el salto desde la estética a la semiótica, arropado por la seguridad que le otorgan sus empleos como Coordinador de programas culturales de la RAI, plaza que consiguió por oposición apenas terminados sus estudios universitarios, y en el cargo de director editorial de la sección de obras de no ficción en la editorial Bompiani. Así, mientras desgranaba aquellas suyas primeras líneas sobre la estética medieval, el contacto con la imagen televisiva y sus comienzos azarosos y a menudo rompedores, así como con la comunicación escrita más variada, le llevaron de la mano, --como siempre, sin forzar la marcha ni el rumbo--, hacia la disciplina de la semiótica, campo para el que reclama un lugar propio con la publicación de *Opera aperta*³ en 1962.

Para entonces, desde hacía solamente un año, ya compartía sus hallazgos y pasiones intelectuales con sus alumnos de la Universidad de Turín, primer peldaño de una larga experiencia docente que le permitirá recalcar también en las universidades de Milán y Florencia, antes de conseguir, con carácter definitivo, la cátedra de Semiótica en la Universidad de Bolonia, cuya atención mantiene hasta el presente, bien que en calidad de Profesor Emérito y con un alumnado de reconocidos especialistas en la materia. Por cierto, en aquel concurso se produjo por primera vez en la universidad italiana el milagro de que a un concursante a una plaza universitaria de la máxima categoría docente se le reconocieran como méritos, no solamente los libros y trabajos publicados en revistas especializadas, sino también los artículos periodísticos publicados hasta la fecha, donde también podía percibirse, como sigue sucediendo ahora, la intensidad y profundidad del pensamiento de Eco.

Pronto, también, le llegaría el reconocimiento internacional como semiótico, al ser elegido en París, corriendo el año 1969, primer Secretario General de la Asociación Internacional de Estudios Semióticos, de la que actualmente es Vicepresidente.

² “Sviluppo dell’estetica medievale”, en *Momenti e problemi di storia dell’estetica medievale*, Milano, 1987.

³ *Opera aperta*, Milano, 1962. Trad. esp.: *Opera abierta*, Barcelona, 1966.

Mientras tanto, los libros y artículos científicos surgen de la mano del reconocido semiólogo con fluidez y amplia gama de asuntos y matices en el trato. A punto de llegar a los 50 años, Umberto Eco rebosa plenitud: ha publicado hasta aquel momento 22 libros científicos, relacionados con la estética, la literatura, el arte, la comunicación, la historia medieval, la semiótica...; se ha hecho acreedor al respeto más sentido en los círculos universitarios, donde su prestigio brilla en todos los rincones. Ha llegado al final; a la meta. Al menos así piensan los que le conocen y rodean con admiración. Pero es poco; aún puede hacerse algo más; subir algún peldaño nuevo; o simplemente dar un salto en el vacío. ¿Por qué no explorar nuevos territorios intelectuales?

Apenas el reto ha producido sus primeros cosquilleos en la mente de Umberto Eco, su mano se pone en marcha para dar forma a los primeros párrafos de la que sería su primera y más exitosa novela: *El nombre de la Rosa*⁴. A medida que se amontonan las páginas escritas a su izquierda, el flamante novelista no se deja influir por el vértigo de la narración, que, en todo caso, considera poco atractiva para el gran público. Pero aquí se equivocó de plano. Con *El nombre de la Rosa* –y sus ediciones millonarias en todo el mundo-- llegó la fama, compañera que, unida al prestigio ya cosechado desde mucho antes, va a favorecer la proyección de Umberto Eco hacia nuevas experiencias, renovados reconocimientos y, en muchas ocasiones, tumultuosos aplausos. Para marear a cualquiera.

Umberto Eco, sin embargo, sigue con sus clases y sus publicaciones científicas –que a partir de ahora decide simultanear con sus obras de ficción—. Desde luego, no puede decirse que a nuestro laureado le haya distraído la fama. Hasta el momento lleva publicados en solitario, al margen de un sinnúmero de artículos en revistas especializadas, 54 libros de temática científica, en línea con sus tradicionales pautas de trabajo, otros treinta en calidad de editor o en colaboración con otros autores, y seis obras de ficción. Y todo ello sin perder de vista la más palpitante actualidad cultural o tecnológica, de la que se ha ocupado habitualmente a través de la prensa

⁴ *Il Nome della rosa*, Milano, 1980. Trad. esp.: *El nombre de la rosa*, Barcelona, 1982.

diaria o semanal italiana, con cuya instancia aún le une el cordón umbilical de su artículo quincenal en la revista *L'Espresso* de Milán⁵.

Desde muy temprano, también, comenzó sus viajes por todo el mundo para atender invitaciones a impartir cursos, seminarios y conferencias con el mismo entusiasmo con que desarrolla su labor docente en su universidad habitual. Comienza en Nueva York en 1969 y desde entonces no ha parado de visitar las más prestigiosas universidades de los cuatro continentes, recalando con mayor frecuencia en Estados Unidos, donde se le pueden contar más de 60 encuentros con los universitarios –profesores y alumnos-- de aquella nación.

Prestigio y fama, mezcla repulsiva cuando se utiliza como caldo de cultivo del endiosamiento personal, pero semillero fecundo de reconocimiento ajeno cuando se adorna con abundantes dosis de humanidad y modestia, cualidades ambas que Umberto Eco no ha dejado de cultivar desde que, al mismo tiempo que empezaba a leer con su abuela, aprendiera de su padre la consigna vital básica de “no creérselo” jamás. Y este reconocimiento agradecido se ha hecho visible y protocolariamente solemne en muchas ocasiones y bajo diferentes fórmulas y rituales. Baste recordar, por ejemplo, que la ceremonia que estamos celebrando aquí se sitúa en el número 39 en la lista de doctorados Honoris Causa concedidos al profesor Eco desde que, en 1985, recibiera el primero en la Universidad Católica de Lovaina.

En el mismo sentido, ha sido distinguido con la elección como miembro de asociaciones culturales de prestigio internacional, como, entre otras 14 de rango semejante, el Foro de Sabios de la Mesa del Consejo Ejecutivo de la UNESCO, o, en calidad de miembro honorario, de la Academia Americana de las Letras y las Artes. Entre los premios que adornan su currículum, igualmente numerosos y de prestigio, queremos destacar aquí el “Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades” recibido el año 2000, a propósito de cuya concesión el Jurado quiso resaltar “especialmente la calidad intelectual del Profesor Umberto Eco en el ámbito

⁵ Bajo el título genérico “La bustina di Minerva”.

de la comunicación y las humanidades, donde sus trabajos de universal difusión y profundo influjo, son ya clásicos en el pensamiento contemporáneo. Asimismo ha tenido en cuenta la doble dimensión de su quehacer, como destacado semiólogo y analista crítico en los medios de comunicación..., subrayando, además, la comprometida actitud crítica de Umberto Eco y su atención permanente a la historia y a las nuevas tecnologías de expresión de la cultura”.

Precisamente por estas mismas fechas es nombrado Presidente de la Escuela Superior de Estudios Humanísticos de Bolonia, y, en paralelo, Presidente del Consejo Científico del Instituto Italiano de Estudios Humanísticos.

Doctorados Honoris Causa, distinciones, premios, cargos y, además, condecoraciones, en cuyo capítulo destacamos la de Caballero de la Legión de Honor Francesa, Caballero de Gran Cruz del Mérito de la República Italiana o, en un tono más desenfadado, la de Sátrapa del Colegio de Patafísica, medalla simbólica que, como asegura Fernando Arrabal, ilustre miembro del citado colegio, “corona todas las academias presentes, pasadas o por venir”.

Y, tal vez lo más importante, es que la obra científica de Umberto Eco ha sido reconocida en el ámbito estrictamente académico como un objetivo de estudio fecundo y estimulante, tal como revelan los casi 800 libros y artículos científicos publicados hasta la fecha, especialmente orientados al estudio e interpretación del pensamiento de este autor, quien, además de especialista consumado en numerosas disciplinas, como hemos visto, se nos muestra, a través de su obra, como un atractivo y sugerente tema de especialización.

Desde luego, no resulta fácil de entender cómo una sola persona haya podido alcanzar tan vastos y complejos objetivos intelectuales con tanto rigor, coherencia y expresividad estética, sin dejar de atender sus compromisos cotidianos. En la mayoría de los campos que ha pisado, su huella ha quedado grabada con la precisión y brillantez suficientes como para merecer en cada uno de ellos el homenaje que aquí le estamos tributando.

De entre todos ellos, el motivo elegido para esta celebración, como sabemos todos, es la concesión del doctorado Honoris Causa a Umberto Eco en Historia Medieval, materia que, soterrada en el conjunto de sus escritos, emerge con gran vigor en alguna de sus obras, científicas o de ficción. De hecho, Umberto Eco inició sus investigaciones adentrándose en los textos del más sobresaliente pensador medieval, Tomás de Aquino, a partir de cuyas reflexiones elaboró su antes citada Tesis doctoral sobre el problema estético en este insigne filósofo, dirigida por el reconocido especialista y creador de la *Estética de la Formatividad*, Luigi Pareyson. La temática se repite unos pocos años más tarde, como hemos comentado páginas arriba, y se retoma en la madurez en un nuevo ensayo⁶ en el que Eco repasa y revisa lo anteriormente expuesto, en lo que constituye un modelo de actuación en su trayectoria investigadora. Por supuesto, aquellas primeras inmersiones en la medievalidad han tenido continuidad en nuevos trabajos de investigación y ensayos sobre el mismo periodo, entre los cuales queremos destacar aquí el estudio dedicado a nuestro Beato de Liébana, cuyos *Comentarios al Apocalipsis*⁷ le sirven de guía para glosar la líneas de fuerza del pensamiento cristiano en los siglos que bordean el año mil⁸.

Por su parte, alguna de sus obras de ficción, como *El nombre de la Rosa* y *Baudolino*⁹, se desarrollan en toda su extensión en escenarios medievales, a los que vuelve también de manera episódica en otros relatos novelados, como en el capítulo dedicado a los templarios en *El péndulo de Foucault*¹⁰.

Con toda su obra, en suma, Umberto Eco ha conseguido situar la Edad Media de Europa Occidental en el imaginario espiritual de todos los hombres de nuestro tiempo, y lo ha hecho posible, además, desde una concepción vitalista de aquel periodo, lejos de los estereotipos negativos que los humanistas del Renacimiento y los ilustrados habían proyectado sobre el

⁶ *Arte e bellezza nella'estetica medievale*, Milano, 1987. Trad. esp.: *Arte y belleza en la estética medieval*, Barcelona, 1997.

⁷ Beato de Liébana, *Commentarium in Apocalypsin*, 776. Edición bilingüe preparada por J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y otros: *Beato de Liébana. Obras completas y complementarias, I: Comentarios al Apocalipsis*, Madrid, 2004

⁸ Beato di Liébana, Milano, 1973. Trad. esp.: *El beato de Liébana*, Barcelona, 1983.

⁹ *Baudolino*, Milano, 2000. Trad. esp.: *Baudolino*, Barcelona, 2001

¹⁰ *Il pendolo di Foucault*, Milano, 1988. Trad. esp.: *El péndulo de Foucault*, Barcelona, 1993.

mismo, en el que solo veían oscurantismo, opresión y degradación cultural y moral. Frente a esta versión negativa de la medievalidad, Eco nos ofrece un fresco de virtudes y signos de brío claramente perceptibles en aquellos siglos, en los que, en la misma medida en que se van desmoronando las estructuras de la Roma clásica, los cristianos de occidente tienen que dotarse de estructuras alternativas bajo las cuales ordenar su vida y su pensamiento.

Desde esta perspectiva, magistralmente revelada por Eco, resulta estimulante observar cómo los hombres de nuestro medievo fueron capaces de inventar nuevos formatos para la regulación de la actividad política, de encontrar métodos novedosos para rezar, trazar nuevos tipos de letra para escribir, habilitar nuevas lenguas para la comunicación oral, encontrar nuevos espacios para el desarrollo de la enseñanza, dar salidas variadas a las inquietudes espirituales más acuciantes del momento o arriesgar en el ensayo de formas arquitectónicas ciertamente deslumbrantes, como lo fue el gótico en todas sus manifestaciones.

Es cierto que durante los siglos medievales tuvieron una funesta presencia instituciones poco dignas de respeto o admiración, como fue el caso de la Inquisición, y que se fraguaron también formas agobiantes de dominación política y espiritual, desde las que se podían justificar y legitimar las más evidentes formas de explotación. Pero nunca faltaron en aquellos siglos los proyectos renovadores, las voces discrepantes o las actitudes rebeldes, capaces de desenmascarar los puntos débiles del sistema. Como hiciera Guillermo de Baskerville –personaje en el que, si se nos permite, podemos fundir al filósofo medieval Guillermo de Ockam y a nuestro semiólogo Umberto Eco—, se podía denunciar el carácter a veces equivocado de las convicciones más profundas, el sesgo potencialmente violento de los dogmas, o la ceguera de los apocalípticos más furibundamente visionarios.

Umberto Eco, en definitiva, con su profundo conocimiento de la Edad Media, nos ha ayudado a concebir esta etapa histórica como una época más dinámica y creadora de lo que nos habían contado. Y de aquellos tiempos y de aquellas gentes llenas de vida, que tan bien conoce Eco, siempre nos quedará el testimonio del gótico, filigrana arquitectónica y mística que simboliza a la perfección el optimismo existencial que alentó los proyectos

culturales alumbrados durante los siglos más dinámicos de la Edad Media. Por lo demás, los intelectuales más inquietos siempre pudieron replicar con argumentos lógicos a los guardianes de la eterna sabiduría y cancerberos de la verdad inmutable. Más aun, a sabiendas de que los descontentos activos podían ser severamente castigados, y aun a riesgo de acabar en la hoguera, nunca faltaron las voces críticas o abiertamente subversivas de los menos favorecidos en la ceremonia oficial de reparto de los bienes espirituales y materiales que reportaba el sistema.

Por todo lo que antecede, por los méritos aquí aludidos y los muchos más que no hemos podido mencionar pero que son de sobra conocidos por todos, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego, en nombre del Departamento de Ciencias Históricas y Geografía y de la Facultad de Humanidades y Educación, se confiera el supremo grado de Doctor Honoris Causa en Historia Medieval por la Universidad de Burgos al Excmo. Sr. D. Umberto Eco.

Muchas gracias.